



Una cercanía que se presiente

“¡El Señor está cerca!” (Ant. de entrada). De estas sencillas palabras brota toda la profunda alegría de la que es portadora la liturgia de este día del Señor al que, desde antaño, se le denomina ‘**Gaudete**’ por el texto latino con el que ese inicia la celebración.

Un pueblo en espera fiel

Al inicio del Adviento pedíamos ¡*muéstranos Señor tu misericordia!* (Sal. Responsorial 1er. domingo), como gesto de compasión hacia nuestras debilidades y miserias. Hoy ya se saborea esta cercanía indulgente que llena de gozo a la Comunidad Cristiana, y que en diálogo confiado con el Altísimo le dice: “*tu pueblo espera con fidelidad*” (or. colecta).

Es bueno que reparemos en esta especie de poner ante el Señor el sentimiento que llena a su pueblo: la fidelidad. Es una virtud (heb. אֵמֶת/emet) que caracteriza a Dios (Ex 34,6), y que se asocia a ese “**corazón**” empapado en bondad con el que el Padre nos contempla.

Una cercanía que compromete

Esta espera fiel se manifiesta al mundo, como precioso evangelio, en una suave y dulce vida; en la ‘*modestia vestra*’ como pide san Pablo a los Filipenses (4,5).

El término ‘*modestia*’, en el latín cristiano, significa fidelidad a los deberes del propio estado y se

caracteriza por:

a) Una **dicha serena**, “*tranquila, que acompaña siempre al cristiano. Incluso en los momentos difíciles, en los momentos de dificultad, esta alegría se convierte en paz*” (Homilía del Papa Francisco, 14 de diciembre de 2014).

b) Una **oración constante** que alimenta el gozo que se vive, puesto que “*los hombres y mujeres de oración llevan en sus rostros destellos de luz... La oración te ilumina: te ilumina el alma, te ilumina el corazón y te ilumina el rostro. Incluso en los tiempos más oscuros, incluso en los tiempos de dolor más grande*” (Catequesis sobre la oración del Papa Francisco 20 de mayo del 2020).

c) Una **gratitud que se desborda** como fruto del “*alimento divino*” (or. postcomunión) que se ha recibido en la eucaristía. Es el secreto que descubren los humildes como recompensa de una plegaria que les llena el corazón de luz.

Cicerón afirma que “*la gratitud no es solo la más grande de las virtudes, sino la madre de todas las demás*” (Marco Tulio Cicerón, Pro Plancio).



La sabiduría que hiere el corazón

El júbilo de este domingo, cuando el sol comienza a buscar el camino del “**hogar de la noche**”, la Iglesia lo transforma, movida por el Espíritu Santo, en

expectación por un misterio que saborea y que se transforma en canto. Comienzan, en las Vísperas, las antífonas mayores que abren y cierran el Magnificat: un canto empapado de fiesta que brota del corazón de la Virgen y que la Iglesia, a través del tiempo, lo ha hecho suyo a modo de preciosa corona para el día que se acaba.

En estas **antífonas mayores** se va contemplando cada tarde algún aspecto del misterio de Cristo. Todas concluyen con un apremiante ¡**Ven!** que brota de un corazón ardiente, y que viene a ser como un grito que expresa el deseo del encuentro.

En la primera, la mirada interior se fija en la Sabiduría. El texto es fruto de la rumia en el corazón creyente, de unos pasajes bíblicos de carácter didáctico-sapiencial:

Eclesiástico (24:5), Sabiduría (8:1) y Proverbios (9:6).

Esta ciencia divina se encarna en Jesús y tendrá lugar en las entrañas de la que la Iglesia llama “*Casa de Oro*”: la Virgen María. Es la Palabra que se abre a todo lo creado como para rodearlo con un tierno abrazo; de este modo, lo impregna de dulzura y firmeza; lo regenera; muestra el camino de la salvación que son los senderos de las bienaventuranzas (Mt 5, 3-12; Lc 6, 20-23)

La sabiduría, que en este atardecer se canta y se celebra, es una sonrisa de Dios derramada como preciso rocío sobre este mundo reseco por tanto egoísmo.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Lc 1, 46-48. 49-50. 53-54



**Proclama mi alma
la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu
en Dios mi salvador;**

**porque ha mirado
la humillación de su esclava.**

Desde ahora me felicitarán

todas las generaciones

Porque el Poderoso

ha hecho obras grandes en mí:

su nombre es santo,

y su misericordia llega a sus fieles

de generación en generación.

A los hambrientos los colma de bienes

y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel su siervo,

acordándose de la misericordia.

El evangelio nos invita a hacernos como niños (Mt 18,3) para poder entrar en el Reino y, también, para aprender a orar. *"De la boca de los niños has sacado una alabanza"* (cf. Sal 8,3 interpretado por Mt 21,16).

En la entrada solemne de Jesús a Jerusalén, los personajes importantes de la ciudad pidieron a Jesús

que acallase los gritos de la multitud, de la gente sencilla y *"de los niños"*. Jesús les respondió que solo desde el corazón de los niños puede brotar una alabanza que llega al cielo y se difunde sobre la tierra como precioso ungüento. Esta es la causa por la que surge con tanta fuerza del corazón de María.

El Magnificat contiene como una doble mirada:

La que se dirige a Dios.

La que se posa sobre lo creado.

En este canto de María se saborea una experiencia de Dios sin precedentes y comparación en la historia de los hombres.

Dios se presenta como terrible por su majestad y fascinante por su bondad. Cuando la luz de Dios brilló en el alma de San Agustín, este confesó que *"tembló de amor y de terror"* y, aún más tarde, el contacto con Dios le hizo *"temblar y arder"* al mismo tiempo.

Es la experiencia de la Virgen; es la experiencia de todos aquellos que tienen corazón de tierra. Se sienten humildes y viven la humildad con alegría de corazón. San Hilario de Poitiers afirmará que *"los humildes son aquellos que no olvidan lo que son."*

"La Escritura –dice San Gregorio Magno– crece con la lectura". Lo mismo ocurre con el Magnificat, sus palabras se enriquecen, no se desgastan con su uso, y nos hacen gustar la dulzura que destilan.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

Domingo III de Adviento "B"

**Un texto para guardar
en la memoria del corazón**



**El Espíritu del Señor, Dios, está sobre mí,
porque el Señor me ha ungido.**

Me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres, para curar los corazones desgarrados, proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad; para proclamar un año de gracia del Señor,

Desbordo de gozo en el Señor, y me alegro con mi Dios: porque me ha puesto un traje de salvación, y me ha envuelto con un manto de justicia, como novio que se pone la corona, o novia que se adorna con sus joyas.

Como el suelo echa sus brotes, como un jardín hace brotar sus semillas, así el Señor hará brotar la justicia y los himnos ante todos los pueblos.

Is. 61,1-2a.10-11